CUADERNOS UNIVERSITARIOS

TOMÓCHIC

EL DÍA EN QUE SE ACABÓ EL MUNDO

Joaquín Cosío Osuna

EDICIÓN ESPECIAL 2

OBRA DESCARTADA BIBLIOTECAS
UACJ

TOMÓCHIC

EL DÍA EN QUE SE ACABÓ
EL MUNDO

Joaquín Cosío Osuna

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

Rubén Lau Rojo
Rector

Carlos González Herrera
Secretario General

Coordinadora:
Ysla Campbell

Consejo Editorial:
Ysla Campbell
Federico Ferro Gay
Enrique Semo

Portada:
Joaquín Cosío

ISSN 0188-9095
Primera edición, 1994
D.R. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez
López Mateos No. 20
32310, Cd. Juárez, Chih.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

TOMÓCHIC

El día en que se acabó el mundo

Acto Único

PERSONAJES:

Rosendo Márquez
Antonia La Medrano
Julia
Mujer 1
Mujer 2
Hombre 1
Hombre 2
Hombre 3
Manuel Chávez
Cruz Chávez
Félix
Joaquín Chávez
Reyes Domínguez
Juan Ignacio Chávez
Padre Castelo
Don Porfirio Díaz
Lauro Carrillo
Mayor
Hombre
Mujer
Teresa Urrea
General Almanza
Pedro Chaparro
Eufemio Escudero
Chabolé

ESCENA I

(Penumbra, humo. En alguno de los extremos del foro arde una hoguera. Cruzan figuras en la oscuridad: soldados y vecinos. Entre el silencio sobresalen murmullos, sollozos apagados. En la parte superior derecha, una pequeña colina de cuerpos desmadejados; una mujer y algunos hombres toman otros cuerpos, tendidos en el suelo, y los acomodan sobre una burda carreta. Atraviesa la escena el general Rosendo Márquez, quien con actitud marcial proclama):

ROSENDO MÁRQUEZ.— En contestación a su atenta comunicación de usted, fecha 17 del presente, en que a nombre del H. Ayuntamiento de esa ciudad se ha servido darme un voto de gracias por el triunfo que obtuvieron las armas del supremo gobierno contra los fanáticos y enemigos de la sociedad en el pueblo de Tomóchic, me es altamente honroso manifestar a usted, para que por su digno conducto llegue al conocimiento de esa respetable asamblea, que agradecido por los diferentes conceptos con que me honra este cuartel general, así como el jefe de la columna expedicionaria de operaciones, general José María Rangel, y demás jefes, oficiales y tropas a mis órdenes que con valor y abnegación consiguieron la pacificación de ese importante distrito serrano, nos congratulamos de haber procurado cumplir con nuestro deber, reanimados por los patrióticos sentimientos del gobierno central de la República, a fin de obtener sólidamente la grandiosa obra de paz que es la base del progreso para los pueblos. Noviembre 23 de 1892. General Rosendo Márquez.

(Sale la carreta con los cuerpos. Salen Rosendo Márquez, soldados y vecinos. El escenario queda vacío; a excepción de una mujer madura, gruesa, fuerte, socarrona).

ANTONIA LA MEDRANO.— ¡Ay Tomóchic! ¡Ay 1892...! Se oye raro el fragor de tus ríos. Vuelan auras y zopilotes

sobre las casas, sobre las labores, sobre los cuerpos quemados. Nomás el ruido de las aguas corriendo, los arroyos entintados, bien rojos, entrando lentamente en el río; sin ira y sin coraje. Parece que todo ha pasado ya en Tomóchic. Ya hubo hambre, ya hubo malicia, ya hubo sed... y aunque no lo parezca también hubo felicidad, porque Tomóchic nació alguna vez. Aunque ahora esté muerto, Tomóchic tuvo en su entraña el buen gusto de todos los nacimientos. Nació de repente, en silencio, como nacen entre la piedra la mata del maíz y el pinar: solos, calladitos, bien alegres porque les llega el sol de frente y el agua les cae como una bendición de Dios... Nomás que las cosas empezaron a cambiar y a hacerse bien distintas. Antes de que nos mataran, la tierra se empezó a morir sola, con la boca bien seca y bien partida... Como que de repente todo empezó a salirnos mal en Tomóchic... Como que una sombra bien oscura empezó a tapar los sembradíos y las aguas, y las recuas y las manadas nomás brincoteando. Como cuando una nube negra de agua llama a otra y a otra y forman esos nubarrones gordos y hartos, panzones hasta reventar. Pero esto es fantasía, porque de repente en Tomóchic, de agua... nomás los sueños y las ganas; ni una gota, ni una brisita fresca, ni una nubecita escapada del rebaño. Nomás mirar el horizonte y ver los cerros con la luz del sol encima quemándolos, bien secos. Y hasta eso, los cerros y los montes de alrededor de Tomóchic también se nos empezaron a ir. Antes hasta la rayita morada del horizonte era nuestra, después ya no. Los únicos que podían ir más allá del pueblo eran los chanates y las codornices. Las tierras de alrededor se nos fueron. Así eran las cosas antes de que nos mataran.

(*Entra Julia, una adolescente, agitada*).

JULIA.— Antonia...

ANTONIA LA MEDRANO.— Shhhhhhh... Mira los presagios... esos son presagios, Julia. Te lo digo: los chanates son de mala virtud. Cuando corretean entre las hierbas y

nos miran como brujitas, son presagios. Míralos, negros, muy negros, como cuando el cielo se oscurecía antes de las secas. ¿Ves aquel gordo? Tiene como ocho días quietecito. Puras malas noticias.

JULIA.— Ahorita nos dijeron Cruz y Manuel que ya no podemos ir mas allá de la cuesta, que todo eso ya tiene dueño y que son personas respetables, y dicen que ya mero vienen.

ANTONIA LA MEDRANO.— Ésas son nuevas, Julita. Te fijas cómo se queda quietecito, nomás viéndonos.

JULIA.— Es que tampoco han de dejarlo volar más allá de la cuesta. Dicen que todo lo de alrededor ya tiene dueño y que son franceses.

ANTONIA LA MEDRANO.— ¿No nos habrán ganado siempre la guerra?

JULIA.— Pues quién sabe. Todas las cosas están bien raras. Y si se acaba el mundo ¿qué hacemos los de Tomóchic?

ANTONIA LA MEDRANO.— Te digo que son esos chanates. Y ahí vienen más. Puros malos presagios, puros malos presagios... ¡Órale... a volar, cabrones!

ESCENA II
Las lavanderas

(*Sale La Medrano, Julia se incorpora a dos mujeres que lavan en el río*).

MUJER 1.— Dicen que los hombres se andan juntando.

JULIA.— Y que le vamos a pedir a la santa que nos ayude para que llueva y se acaben los malos tiempos.

MUJER 2.— ¿Y eso cuándo?

MUJER 1.— Dicen que el domingo, después del oficio... si

viene el padre Castelo.

JULIA.— Uuuuy, pos ya estuvo.

MUJER 1.— Vamos a ir todos.

MUJER 2.— Pues eso lo harán ustedes, porque yo no.

JULIA.— Dicen que la santa es una niña candorosa que va hacer que llueva remucho, como en los tiempos de antes.

MUJER 1.— Ésas son mentiras.

JULIA.— Y dicen que con la lluvia van a crecer por todos lados los *maices* y los alimentos y que los animales van a parir crías en todos lados.

MUJER 2.— Si lo que deben hacer es ponerse a trabajar, y no andar con cosas... Y muchos dicen que los hombres tienen la culpa, que ya no quieren labrar la tierra...

MUJER 1.— Pos cómo, si toda la tierra es de don Rey. ¿Y luego con qué ganas?

JULIA.— Y luego dicen que don Rey junto con Alberto Díaz y los que tienen almacén andan subiendo los valores y que don Rey se está llevando muchas cosas de su tienda y que no quiere darnos nada. (*Baja la voz*). Yo lo he visto sacar la carreta con hartas cosas y se las lleva. Nomás me llegaba el aroma del grano. Se me hace que hasta canela traía.

MUJER 2.— No hayas sido tú la que le robaste. Yo me enteré que le robaron, pero como es muy hombre no dijo nada, nomás para no perjudicarnos. ¿No saben quién le robó? Eso es pura maldad. Don Rey ha sido bueno, pero aquí todos se están volviendo filosos como cuchillos... les ha dado trabajo a los hombres.

MUJER 1.— Nomás que no les paga.

MUJER 2.— ¿Y qué quieren? ¿Que les regale las cosas de su tienda?

MUJER 1.— Pos sí, eso debía de hacer... por eso no le quieren trabajar.

JULIA.— Todos le trabajan de a diario, todo el día, y qué dice: "n'ombre, ya estamos mal, ya me debes". Y nomás que no ocurran a la jornada. ¡Dicen que azotó a ocho tarahumares que le faltaron después de la tesgüinada! Y como ya no le quieren trabajar, los anda queriendo a fuerza. Pero no señor, si no es lo que él quiera.

MUJER 2.— Si bien dice el *Pater Noster*: pueblo de soberbios. Malagradecidos habían de ser.

MUJER 1.— Mmmh... dicen que el padrecito está enojado.

JULIA.— Dicen que anda queriendo echarle agua bendita a todo el pueblo... que anda el diablo bien suelto. Por eso se andan apareciendo el Santo Niño y los apóstoles.

MUJER 1.— Los únicos diablos son los que nos cobran las contribuciones pa'l gobierno. Nunca vienen, pero eso sí, son buenos pa'joder, y ahora ya ni podemos buscar mineral, ¿pos qué se creen?

MUJER 2.— ¡No digan sacrilegios! Todo lo que nos pasa es por eso, qué Santo Niño ni qué Santa Teresita. Dios nos castiga por su culpa.

JULIA.— ¡Dicen que Santa Teresita curó al hermano de Pila!

MUJER 1.— ¡No me digas! La Santa Niña.

JULIA.— Que tenía ataques y que vomitaba todo el día y toda la noche y que la Santa Niña lo escupió en el cuello y nomás se rió el muchacho. Que eructó largo, largo, y luego sanó.

MUJER 2.— Puras mentiras, qué va a curar.

MUJER 1.— Pos también dicen que anda curando a las orejonas y a las metiches.

JULIA.— Todavía puedes arrepentirte.

MUJER 2.— Mira ¿y yo de qué?

MUJER 1.— Pos de tus pecados. ¿Qué no tienes? O nomás fuiste con el padrecito para que rápido, rápido, te perdonara.

JULIA.— Dicen que es muy bueno para perdonar, pero nomás viene cada vez que los ricos bautizan y de aquí a que se les ocurra encargar, unos ya se fueron derechito al infierno.

MUJER 2.— En el nombre sea de Dios.

MUJER 1.— Pos sí, entre tanto tiempo uno mete la pata a cada rato. ¿A poco tú no, eh? ¿A poco no has sentido ganas de cometer pecado? ¿No te han dado ganas de partirle la cara a don Rey? ¿A poco no te han dado ganas de robarle algo de su tienda, eh?

JULIA.— Un listoncito para el pelo ¿a poco no? Piloncillo para los niños. Frijol tiene mucho, maíz, harina. ¿A poco no?

MUJER 1.— O de mandar a la porra a todos los de la seccional, que vienen muy hombrecitos nomás cuando algo se les ofrece.

JULIA.— ¿A poco no, eh?, ¿a poco no?

(Sale la Mujer 2).

MUJER 1.— ¡Vieja mensa!

JULIA.— Oiga, ¿y a poco nos estaremos volviendo malos en el pueblo?

MUJER 1.— Pos a lo mejor, pero a como están las cosas ¿quién no quiere cometer pecado? ¿quién?

ESCENA III
La asamblea

(Se encuentran reunidos algunos hombres y mujeres del pueblo. En un nivel superior destacan las figuras de los hermanos Manuel y Cruz Chávez).

HOMBRE 1.— La semilla está muy escasa y lo que se nos da por la jornada es de a tiro muy poco.

HOMBRE 2.— ¿Y qué es eso que andan diciendo, de que más allá ya no podemos entrar? ¿Pos quiénes son los propietarios y bajo qué autoridad las tierras de alrededor se están dando?

MUJER 1.— ¿Y quién nos dice qué alimentos les preparamos a los hombres y a los niños?

HOMBRE 3.— No nos basta con que pasen por Tomóchic las cargas de plata de don Joaquín. Digo, sí nos deja alimentar a los burros y a los arrieros, pero ¿y la tierra qué? Está toda acaparada. ¿No habrá manera de hacernos de alguna?

HOMBRE 2.— Don Reyes nos llevó a regar con baldes sus labores de maíz. Nos ocupó y nomás nos dio unas camisas de manta y algo de manteca. ¿Pos qué hacemos? Díganos.

HOMBRE 1.— ¿Qué hacemos?

MANUEL.— Empezamos con que el gobernador viene. Ya es buen momento para señalar las exigencias de nosotros. Le vamos a pedir auxilio y lo que le vamos a decir es que se acuerde de quién corrió a los apaches y quién trajo paz por acá y quién le ha trabajado la labor y el ganado. Y está obligado por suma necesidad

de nosotros a darnos elementos para vivir. Y no es un regalo sino un pago a nosotros por servir al gobierno.

HOMBRE 1.— Y debemos decirle que nunca le quedamos mal con los pagos y las entregas. Además si las cosas andan desconocidas, que castigue a los que se aprovechan de la debilidad de la gente y nos explique qué es lo que pasa.

FÉLIX.— Miren, yo veo la buena confianza de ustedes y no por malear, pero yo creo que ni caso nos van a hacer. El gobernador de seguro llega con don Reyes Domínguez. Trae atrás a don Joaquín Chávez. Con el respeto de sus sobrinos, pero ya sabemos cómo es. El cura de seguro viene. Ahí sí no falta. ¿A poco nos van a hacer caso?

CRUZ.— Pos mira Félix, ni modo, pero el gobernador es la autoridad.

MANUEL.— Y su deber es oírnos, y aunque nos guste poco, debemos ser respetuosos en lo que quepa.

FÉLIX.— Respetuosos ¿para qué? No nos va a hacer caso. ¿Quién tiene la culpa de lo que está pasando?

HOMBRE 1.— Eso no lo sabemos, Félix. Además, como dice Manuel, lo primero es hablar y después a ver.

FÉLIX.— Pero si de habladas ya estamos cansados. Fíjense: ¿falta comida? Que nos la den. ¿Que nos traen como animales? Que se lleven a Reyes.

HOMBRE 2.— ¡Que se lo lleven!

FÉLIX.— ¿Verdad que no nos van a hacer caso? La cosa es agarrar el rifle y tomar lo que es de nosotros. O qué ¿no podremos? Puros güevos nos faltan, a mí se me hace. ¡Al rifle! Vamos a ver si no nos oyen. ¡Al rifle!

HOMBRE 1.— Pos a mí no se me hace.

HOMBRE 3.— ¿Pos a ti cuándo?

HOMBRE 1.— Eso es faltar y en Tomóchic a nadie le hemos faltado.

HOMBRE 3.— ¿Cuándo vamos a darle a los que nos estiran la cara? ¡Ahora, hombre! Nomás díganme y yo solito me escondo en la pasadita del río y a ver a cuánto no me lo dejo difunto. ¡Vámonos!

MANUEL.— Es que esa no es la manera, Félix.

CRUZ.— Algo tienes de razón, pero...

FÉLIX.— Se murió el niño de Lino Herrera y de Encarnación. Se lo llevaron a Guerrero. Iban solitos los pobres. ¿Vamos a esperar a que les pase a los hijos de nosotros?

CRUZ.— Claro que no...

HOMBRE 3.— ¡Entonces! (*Va a la salida*).

CRUZ.— Espérate Félix. Espérate. ¡Que te esperes!

(*Félix se detiene*).

CRUZ.— Tienes razón, Félix, tienes razón. Lo que le pasó de desgracia a Lino es por los tiempos de calamidad, pero no nos vamos a poner a dar de tiros por todos lados. Hay mucho inocente, hay más inocente que bandido. Dar de tiros no es de gente de razón; eso no es de creyentes, Félix. En Tomóchic hay que ser precautivos* y no contestar ni ser como ellos. Hay que buscar que nos oigan y que se enteren que somos gentes necesitadas, y ahí sí, que también somos bravos. Pero pos orita somos muy pocos y la fuerza de

*Precautivo: término usado en la época, que aún pervive en la zona.

ellos es mucha. Por eso lo que hay que hacer es procurar avisar a todos que defendernos del abuso es cuestión de dignidad y de aprensión por los demás y que eso es enseñanza de Dios. Así habrán de entender que ya nos cansó la indigencia y el hambre y que no se metan con Tomóchic porque Tomóchic va a responder y va a responder como debe de ser en un pueblo de gente trabajadora y creyente, en un pueblo de gente buena y de fe. Vamos a rezar aquí por lo que les pasó de desgracia a Lino y a Encarnación. Ya Dios nos habrá de entender. (*Todos se arrodillan. Sólo permanece de pie Cruz Chávez*).

MANUEL.— En el nombre sea de Dios.

CRUZ.— Dios te salve, Santa Niña, del hambre.

TODOS.— Sálvanos Teresita.

CRUZ.— Del abandono.

TODOS.— Protégenos.

CRUZ.— De la leva.

TODOS.— Cuídanos, Señor Dios.

CRUZ.— De los aprovechados y los malos.

TODOS.— Sálvanos de caer.

CRUZ.— Amén. Por el gran poder de Dios.

(*Salen todos. Entra La Medrano*).

ANTONIA LA MEDRANO.— Sí, se sentía raro. Se sentía como que uno se asfixiaba poco a poco. Como un calorcito que no se sabe de dónde viene. Nomás sopla en la mollera y uno queda abotagado porque uno se dice: ¿pos qué pasa? ¿A poco andaría el Malo suelto por Tomóchic? Estaba fallando el hombre: ¿dónde estaban la cordura y el buen gesto? ¿Y si eran los

chamucos? Pero por eso se reza: ¿a poco Dios no podrá con ellos?

OBRA DESCARTADA BIBLIOTECAS UACJ

ESCENA IV
Las fuerzas vivas

(Antonia La Medrano sale y se cruza con Joaquín Chávez, jefe de las fuerzas auxiliares del gobierno del estado; Reyes Domínguez, hacendado y hombre fuerte de la región; Juan Ignacio Chávez, presidente seccional de Tomóchic y el padre Castelo, párroco del pueblo. Estos personajes van directamente a una mesa y varias sillas que están en uno de los extremos del escenario. En su momento aparecerá don Porfirio Díaz).

JOAQUÍN CHÁVEZ.— Pues sí, viene el gobernador. Y que las cosas estén en paz ya es mucho. La montaña siempre ha sido así: ruda, brava. De plano no es pa' todos. A los peñones y a las barrancas entramos pocos. ¿Qué hay de raro en que la gente de allí sea igual? ¿Por qué lo resientes, Reyes? Por estas regiones siempre ha habido problemas. Dímelo a mí: en las zonas pelonas de la sierra el mineral brilla a diez leguas a la redonda. Cuidar el oro y la plata no me ha sido fácil. Los bandidos andan como zopilotes y aguzados como halconcitos en caza. Una cosa es que yo tenga la carne dura y que al halcón se lo coma el águila; pero qué quieres, a mí me dice el gobernador esto y lo otro, y a hacer caso. ¿Cómo está eso de que los de Tomóchic son rudos y malagradecidos? Te están saliendo faldas, Reyes. Que la gente es rasposa ya lo sabemos. Y eso no es problema. Al contrario, por bravos los tomoches nos han servido rebien. ¿Te acuerdas cuántos apaches matamos juntos? Lo que se quiere nada más es que no se nos volteen. Don Porfirio quiere paz y así le dice a don Lauro, y don Lauro quiere paz y me lo dice a mí. Y yo, don Joaquín, se los digo a ustedes, ¿por qué? Porque aquí nosotros somos la paz, señores.

REYES DOMÍNGUEZ.— Joaquín, yo tengo uno de los almacenes más grandes de Tomóchic. Soy dueño de gran parte de las tierras. Tú lo sabes. Yo no sé como andarán en Temósachic o Carichic, pero los de Tomóchic son gente de poco fiar.

JOAQUÍN CHÁVEZ.— Eso es otra cosa.

REYES DOMÍNGUEZ.— Desde siempre se han puesto duros con lo del trabajo. Se van, duran ratos relargos en que se van y los que necesitamos gentes para las tierras nos quedamos solos. Con todo a medias. Uno les da trabajo y se quejan, ustedes saben de eso. Además sabrán que uno se preocupa porque Tomóchic deje de ser pueblo de salvajes e iletrados. Nomás que no se dejan, insisten en ser brutos. Acabo de organizar un conjunto de viento con los niños tomoches. Vieran nomás qué bonito. Ahí tienen a los mocosos de uniforme, bien enseñados por el maestro Jesús Rodríguez. ¡Con trabajo y letras! Eso es preocuparse por el pueblo. ¿Que los trato mal? Les digo que es gente de poco fiar. Les enseño a trabajar, a producir. ¿No les regalo hasta los calzones? Nomás que son lentos y holgazanes y bien tercos. Por eso digo: el régimen ha traído buenos augurios, nadie lo duda; pero sí hace falta que el gobierno meta más sus intereses; esa gente ha hecho demasiado su voluntad. Tienen reuniones, se juntan quién sabe para qué. Andan como toda la bola de indios de por acá, buscando santitos a quienes prenderles cebo. Si don Lauro quiere que se vuelva a pensar en él para gobernador, que cuide más a Tomóchic. Digo, yo nada tengo contra su reelección, por el contrario, es lo único seguro para que haya tranquilidad. Lo que sí, es que en Tomóchic habemos gente de bien y eso se les olvida.

PADRE CASTELO.— Yo coincido con las apreciaciones de ustedes sobre Tomóchic. Sí creo que las medidas tomadas por el señor presidente y ejecutadas por el señor gobernador son acertadas, pero también veo que exigen sacrificios. Ciertamente esta es la ley de

Dios. Pero que no nos ciegue el esplendor del progreso del general Díaz y nos impida ver que actualmente sí se está sufriendo de hambre en toda la región del río Papigochi... quién sabe cómo reciban al gobernador... Dios está poniendo a prueba a todos nosotros para enfrentar sus mandatos. Pero creo que una parte dolorosa les corresponde directamente a los serranos. Que esto no se olvide: los de Tomóchic son gente de fe, pero por desgracia caen en el desamparo y escuchan las muchas y malas propuestas que andan por ahí y que sí corresponden a revoltosos y holgazanes, pero eso yo me encargaré de señalarlo. Entonces que no se olvide su buen obrar para lo que se decida en el futuro... Pesa sobre mi conciencia también la poca asistencia, pero desgraciadamente mi ministerio necesita un punto fijo y no puedo viajar como quisiera. Lo dice don Joaquín: la sierra es para cierto tipo de hombres y uno pues...

JUAN IGNACIO CHÁVEZ.— Yo puedo decir pocas cosas. Tengo la seccional. Ustedes me trajeron porque había mucho tarahumar; pero sí hay alguna gente de razón. Con ellos yo ya no hablo bien. Salvo con don Reyes Domínguez, que me hizo el favor de bautizarme una de mis hijas y algunos otros vecinos que me hacen el honor de invitarme a tomar la copita en las tardes... Sí siento que están cambiando las cosas y también pienso como el padrecito que está muy difícil la situación... pero digo nada más que, agradeciendo su designación en mi persona para presidente de la seccional de Tomóchic, está la autoridad del pueblo, en mi representación, dispuesta a apoyar las decisiones de ustedes y en concreto las de la alta autoridad, teniendo presente desde luego que se trabaja bajo los principios dictados por el señor general presidente don Porfirio Díaz en beneficio del pueblo.

REYES DOMÍNGUEZ.— Algo que quiero aclarar, señores, y con el debido permiso, pero a Juan Ignacio le falta autoridad.

JUAN IGNACIO.— Yo nomás digo que estoy en el pueblo y que es difícil lidiar con ellos.

REYES DOMÍNGUEZ. — Sí, Nachito, pero por algo lo tenemos ahí.

JUAN IGNACIO.— Discúlpeme compadre, discúlpeme, pero es difícil lidiar con gente hambreada y muy molesta por lo que a ellos les toca... y ahí usted tiene que ver.

REYES DOMÍNGUEZ.— Ya expliqué la situación y eso es lo que no se entiende. Hay que traer el progreso a Tomóchic, pero se necesita energía y mano férrea, no hay de otra para que se trabaje. Y eso no es mío sino un dictado del gobierno para toda la República.

PADRE CASTELO.— Ojalá que el gobierno no se equivoque en sus decisiones.

JOAQUÍN CHÁVEZ.— Se equivoca usted, porque el gobierno nomás no. ¿O acaso se equivocaron con el señor obispo o con usted? ¿O se equivocaron en poner a Juan Ignacio de presidente, o a mí en las fuerzas auxiliares? ¿O a don Lauro de gobernador? Si se está donde se está y se hace lo que se hace es porque así debe ser y así se hará. Si a la gente no le gusta es porque no lo entiende. Nos interesa que estos pueblos progresen; necesitan dirección y nosotros se las estamos dando: con fuerza como a las mulas, con mano recia, de hombrecito. Este asunto de la visita del gobernador no es tan complicado. Todo saldrá bien porque así tiene que ser. Entre todos nos encargaremos de que no haya problemas, ¿cuáles? No hay, señores. Estos tiempos son de gloria y de fulgor. Vamos a hacer sentir al señor gobernador que aquí también se puede vivir y que se agradece. Quién quita y la próxima visita sea la del señor presidente. Nos vamos a hacer ricos todos y todo Chihuahua va a progresar. Que el gobernador sienta la algarabía con que lo han tratado en todos lados. Si queremos beneficios hay que darle beneficios a don Lauro. Es sencillo, señores: ¡que viva don Lauro Carrillo y que

viva don Porfirio Díaz!

(Se ilumina la figura de Porfirio Diaz. Éste habla hacia un público imaginario. Se oye, lejano, un vals de la época).

PORFIRIO DÍAZ.— Se otorgan 200,000 hectáreas de tierras baldías en Chihuahua a José y Julio Ives Limantour, en gratitud a sus servicios. Estas políticas de desamortizar la tierra en zonas alejadas de la capital y sin ciudadanos, pretenden que haiga prosperidad donde no haiga nada. Se entrega a la *Pinos Altos Minning* de Inglaterra la concesión de la búsqueda de filones en Chihuahua, Coahuila y Sinaloa: sólo la *Pinos Altos* puede buscar minas. Y que se castigue con cárcel o leva inmediata al bandido que nos desobedezca. Que todo acto de alterar al gobierno actual sea castigado en caliente por los afines a la prosperidá de la nación. Y que este pueblo de mexicanos tristes comparta el adelanto de los demás paises [*sic*] del mundo. A México le doy la tierra para el maiz [*sic*] y todo lo que le falta para el buen gusto que merecemos.

ESCENA V
El robo de los cuadros

(Se ilumina otra área).

ANTONIA LA MEDRANO.— Vino el gobernador, vino don Lauro Carrillo. Vino la autoridad de todo Chihuahua. Y quién sabe por qué, pero nomás vino de pasadita. Puro argüende. Luego luego se fue. Venían muchos con él, puro señor de levita con buen corte. Tomóchic como si nada, nomás anunciando el frío bien seco del invierno. Muchos de los vecinos se pusieron contentos, y mire nomás, hasta el padre Castelo vino. Dicen que al gobernador le gustó la sierra, que le gustaron los cerros y las caídas, pero lo que más le gustó, y de eso no cabe ni tantita duda, fueron las pinturas de Santa Anita y San Joaquín, patronos del pueblo.

Dos pinturas que estaban colgadas en la Iglesia de Nuestra Señora del Refugio. Dos pinturas rebonitas y muy viejas. Tanto le gustaron que, de repente ¿dónde quedaron los santitos?

(Entran el gobernador de Chihuahua, Lauro Carrillo y el mayor Cárdenas, su lugarteniente).

LAURO CARRILLO.— Explíqueme bien cómo estuvo eso. Pero bien explicado, porque está usted en un caso muy difícil.

MAYOR.— Señor gobernador, a usted le gustaron los cuadros. Me encargó que yo se los pidiera para usted a los vecinos de Tomóchic.

LAURO CARRILLO.— Al grano, mayor.

MAYOR.— Yo hice su solicitud. Los señores no se pusieron de acuerdo. Si yo se los traje a como diera lugar, fue para enseñarles su autoridad. Y por ponerlos a bien con usted, pero no lo entendieron.

LAURO CARRILLO.— ¿No me los quisieron regalar?

MAYOR.— No, señor. Usted comprenderá la falta.

LAURO CARRILLO.— ¿Y por qué me dijo usted que me habían regalado las pinturas?

MAYOR.— Por complacerlo. Y como castigo a la imprudencia de esos indígenas.

LAURO CARRILLO.— Estamos en guerra política, ¿qué no se ha dado cuenta? ¿No sabe usted si se enteran Ahumada o Terrazas lo que va a pasar? Si bien esa gente no se ha ganado mis favores, de ninguna manera debemos hacer nuestra voluntad de forma tan evidente. Fue usted muy pendejo, mayor.

MAYOR.— Nomás le pido considere que si me traje esas pinturas fue con un afán de educación y de

cumplimiento de mi deber. Considero que usted como autoridad máxima tiene el derecho sobre las cosas de la iglesia y que además la negativa de los de Tomóchic manifestó poca disposición de cooperar con las autoridades. Además, Cruz Chávez, el que se ha quejado con usted y que dice traer la representación del pueblo, es un ladrón, señor. Revisé los archivos y don Reyes Domínguez lo acusa de ladrón de ganado.

LAURO CARRILLO.— ¿Ah, sí?

MAYOR.— Sí, señor. La vaca fue extraída del ganado del señor Reyes Domínguez cuando se celebraba la boda de su hija con uno de los peones.

LAURO CARRILLO.— ¿Qué más?

MAYOR.— El acusado sostuvo que la vaca fue cedida por Juan Ignacio Chávez, quien tenía la representación de los bienes de Domínguez.

LAURO CARRILLO.— ¿Y qué dijo Juan Ignacio?

MAYOR.— Lo negó todo, señor.

LAURO CARRILLO.— Bien, proceda a entregar esos cuadros de inmediato.

MAYOR.— Pero señor...

LAURO CARRILLO.— ¿Qué no entiende? Que se queden con ellos y que se callen. Ya veremos. Vamos revisando ese expediente de Cruz Chávez y a darle seguimiento.

MAYOR.— Sí señor.

LAURO CARRILLO.— Mayor, se destaca en la Aduana de Palomas, y de ahí no se mueve hasta nueva orden... por pendejo.

ESCENA VI
La ruptura

JOAQUÍN CHÁVEZ.— De veras que me enoja hablar de esto. Hablo con ustedes porque son los más metidos, así que les valga. ¿Pues qué traen? ¿Qué rejodidas madres se traen? ¿Qué no saben quién es el gobernador? Yo sabía que estaban babiecos, pero ahora resulta que están ciegos. ¿Pues qué no ven? Muy bien, ya les regresaron sus cuadritos, ¿ahora qué quieren? ¿Por qué no hablaron conmigo antes? ¿Por qué no me dijeron que hablara con él? Le están reclamando al representante de don Porfirio. D-o-n P-o-r-f-i-r-i-o. ¿Entienden?

MANUEL CHÁVEZ.— Esa fue decisión de todos.

JOAQUÍN CHÁVEZ.— ¿De todos? ¿Quiénes son todos? ¿Tú, Cruz? ¿Tú, Manuel? ¿Los Medrano? Son más de trescientos en Tomóchic. ¿Cuántos se juntan? ¿quince? ¿veinte? ¿cuántos?

MANUEL CHÁVEZ.— Cada vez se junta más gente. Esos cuadros son de todos. Son pinturas muy viejas que son de Tomóchic, no teníamos por qué dárselas al gobernador.

JOAQUÍN CHÁVEZ.— ¿Y quién decidió eso, ustedes en sus juntas? Se junta puro güevón. ¿Por qué nunca han querido trabajar con nosotros? ¿Por qué se andan muriendo de hambre ustedes solos? ¿Por qué a don Reyes no le falta, ni a Márquez, ni a la viuda de Sosa? Porque ustedes nomás se quejan pero no quieren trabajar. A mí ya me cansaron. Serán muy mis sobrinos pero...

CRUZ CHÁVEZ.— Nosotros pensamos que no es justa la conveniencia. Don Reyes da mercancía que luego nos cobra, además da malos tratos.

JOAQUÍN CHÁVEZ.— ¿Pues cuánto quieren ganar? ¿Qué quieren ganar? Así se vive. ¡Hay que joderse!

¡Joderse! Las cosas han cambiado porque así tiene que ser. ¿No vengo por ustedes para que trabajen en las conductas del gobierno? ¿No vengo? ¿Y qué me dicen?

MANUEL CHÁVEZ.— Es lo mismo que lo del gobernador, se aprovechan, Joaquín. Con respeto, pero ¿por qué trabajar con ustedes si pagan remal? ¿Si don Reyes da caro y nomás nos endeuda? ¿Por qué le vamos a dar nuestras pinturas al gobernador? ¿Nomás porque sí? La gente tiene hambre y eso da mucho coraje. Y por respeto a Dios no podemos dejarnos.

JOAQUÍN CHÁVEZ.— ¿Cuál respeto a Dios? Si son ustedes los que le están faltando. Eso es rebelión. ¿Qué están tan pendejos para no darse cuenta? ¡Eso es rebelión!

CRUZ CHÁVEZ.— Pues llámele así si quiere. Dígale así. Pero nosotros nomás no nos estamos dejando ni de usted, ni de don Reyes, ni de nadie... ni siquiera del gobernador. Estamos cansados de su mala inteligencia y de su abuso. Nomás les pedimos que no se metan con la gente de Tomóchic. Estos tiempos son de calamidad y tenemos que defendernos por propia conveniencia. ¿Sí me entendió?

JOAQUÍN CHÁVEZ.— Claro, Cruz. Está muy claro. Esas ideas son muy peligrosas. Nomás les digo: si no trabajan es andar de sediciosos y eso es muy grave. Andar de mendigo lo castiga la ley; se están poniendo en mal con todos. ¿Qué van a hacer solos? Si se pusieron en mal con el gobernador, tengan cuidado. Conmigo todo se les acabó. Y ya me conocen. Acaban de querer asaltar la conducta, lo hicieron cerca de aquí, más allá del Cañón de las Banderillas. Casi estoy seguro de que lo hizo gente de ustedes, ¿pues quién más?

CRUZ CHÁVEZ.— Usted sabe que eso no es cierto. Eso es falsedad.

JOAQUÍN CHÁVEZ.— Y dile a tu gentecita que conmigo está

cabrón, muy cabrón. Ahí tienen el cadáver de uno de esos cabrones por si se lo quieren llevar a su santita para que lo reviva.

MANUEL CHÁVEZ.— No diga eso, tío. No diga eso.

JOAQUÍN CHÁVEZ.— Y como andan muy disconformes y somos muy malos, la conducta con el oro y la plata y los dineros ya no va a pasar por aquí. Vamos a cambiar el rumbo, porque andar por Tomóchic es peligroso. En un pueblo de sediciosos todo puede pasar. Nos cambiamos y le decimos a Tomóchic que se vaya al diablo. Nada queremos con irresponsables y alzados.

CRUZ CHÁVEZ.— No nos estamos alzando contra nadie, no diga mentiras.

JOAQUÍN CHÁVEZ.— Mentiras dice tu chingada madre. Nomás les digo: tengan cuidado. Ahorita el ejército necesita hombres y pues ustedes son muy hombrecitos. Se me hace que se los van a llevar a todos (*se persigna*) por ésta.

ESCENA VII
La excomunión

(*La iglesia. El padre Castelo dirige un sermón a los tomoches*).

PADRE CASTELO.— Hermanos, que atiendan los viejos llamados de la iglesia alegra mi espíritu. Éstos no son tiempos donde la fe esté precisamente entre nosotros. Las pruebas del Señor son muy duras y no todos lo escuchan. ¿Qué es lo que les hace odiar al prójimo y a las cosas que Dios ya ordenó? ¿Quién, que no es Cristo, les llama? ¿Qué voz les canta para que ustedes, prestos, acudan como fieles corderos a las citas sacrílegas? Mi obligación es guiarlos en el sendero del Señor. De todos es sabido que ésta es la labor encomendada a nosotros los pastores. Guía y luz del

alma mortal ante las calamidades, ante la afrenta y ante el engaño. Por eso les hago un bien al decirles: todos están enterados de los oscuros deseos de algunos por irrumpir con violencia, con disolución y con engaño en la paz que reina; una paz triste y desolada si quieren, pero es en la resignación donde está Dios. Los últimos acontecimientos señalan que aparte de olvidar que la paciencia es un don de mártires, algunos vecinos se proclaman dueños de no sé qué virtud divina y otras tarugadas. Habráse visto. Y habráse visto cómo ustedes, obedientes, como pocas veces lo son ante la casa de Dios, siguen e idolatran en ruda afrenta a los mandamientos cristianos a estos insolentes. Y hablo desde luego de esa desconocida y falaz Teresa Urrea, "la santa de Cabora". ¡Mortal intrigosa y maligna! Qué santa va a ser. ¿Qué virtud tiene? ¿Qué milagro, qué azote ha sentido su carne mundana? ¿Cuáles? ¿De dónde santa? ¿De qué...?

CRUZ CHÁVEZ.— Yo le puedo contestar, padre.

PADRE CASTELO.— ¡Dios! ¿Cómo te atreves...? ¿Tienes el ánimo para hablar de esa atrevida en la casa del Señor?

HOMBRE.— Es que no está bien que así se exprese de la niña santa, padre.

HOMBRE 2.— Merece nuestros respetos, como usted.

MUJER.— Y más razones hay contra su palabra, padre.

PADRE CASTELO.— Virgen santísima. ¿Qué es esto? ¿Qué les ha ocurrido, qué les han hecho, hijos?

CRUZ CHÁVEZ.— No nos llame hijos, padre. Hijos nomás de Dios.

PADRE CASTELO.— Cuánta soberbia. Deben entender que sólo Dios y nadie más que él y sus santos representantes en la tierra vestimos los votos para hablar con su voz y su palabra. Nadie más.

CRUZ CHÁVEZ.— Pues nosotros creemos en Santa Teresita y tenemos razones de fe.

PADRE CASTELO.— Están ustedes cometiendo sacrilegio y la Santa Madre Iglesia es clara en esto: si entre Dios y su santa han ya elegido, yo, revestido de los poderes otorgados por Dios, os excomulgo. ¿Me oyen? ¡Os excomulgo! Dios tenga compasión. Pueblo de infames (*los reunidos en la iglesia se sobresaltan, murmuran*).

CRUZ CHÁVEZ.— Usted no puede hacer eso, padre.

PADRE CASTELO.— Te has de ir al infierno, Cruz, te has de ir al infierno.

(*Cruz Chávez avanza hacia el padre Castelo. Lo abofetea. El padre cae y casi a rastras huye. Ante un silencio expectante, Cruz mira a los feligreses. Avanza entre ellos y con paso decidido sale. Luego, apresurada, la mayoría lo sigue*).

ESCENA VIII
La decisión

(*Cruz y Manuel en un refugio. Parecen distantes, preocupados. Interrumpe un vecino*).

HOMBRE.— ¡Catearon la casa de Jorge Ortiz!

MANUEL.— ¿Ya se fijaron que va a haber temporal? A buena hora está el cielo renegro.

HOMBRE.— Tumbaron la puerta y entraron. Eran como seis pelones, dicen. ¿Qué hacemos?

MANUEL.— ¿Se acuerdan? Son tiempos de cazar venado. Nomás fijar el ojo y desde la mera cintura, darle al macho bonito, erguido, queriendo olernos. A eso huele allá afuera. Huele a cacería, a presa asustada.

Quién sabe por qué.

HOMBRE.— ¿Y lo de la vaca, Cruz? Te están echando la culpa. Juan Ignacio dio el consentimiento para que la partiéramos. ¿Por qué dice ahora que no? Te van a venir a buscar. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué hacemos?

MANUEL.— ¿Se acuerdan cuánto apache cazábamos? Pagaban bien la cabeza. Y ése era don Joaquín. Desde entonces ya andaba por ahí. El apache es igual que el venado: nomás corretearlo y darle el tiro en la mera cabeza. ¡Zaz! Se resbalaban por las pendientes con sus gritos largos y chillones.

HOMBRE.— ¿Y desde cuándo nos habrán agarrado ganas? Son puras ganas las que nos traen. Ya vinieron pelones por Jorge... ¿Y si vienen por nosotros...? ¿Por qué nos dicen bandidos? ¿Qué hacemos? Díganos.

CRUZ CHÁVEZ.— Hay que juntar a la gente para hacerle un oficio a Santa Teresita. Eso es lo que queremos y lo que necesitamos. Que se junte la gente. Ya es tiempo de que vayan sabiendo que estamos todos juntos. Que vean qué tan fuertes somos. Vamos todos con el Juan Ignacio por lo del permiso. Ahí arreglamos los pendientes. Sí, afuera huele a cacería. Nomás que si nosotros somos los venados, les vamos a salir correlones.

ESCENA IX
La manifestación

(*Cruz Chávez discute con Juan Ignacio Chávez. Mientras, afuera, una multitud grita impaciente*).

VOCES.— Abre, Juan Ignacio, abre... ábrenos... ¡Viva Santa Teresita!... ¡Viva la santa!... ¡Que viva!... Abre, Nachito... ¡Viva el gran poder de Dios...!

JUAN IGNACIO.— Esto que están haciendo está mal.

CRUZ CHÁVEZ.— Me están acusando de abígeo, Ignacio. Yo no me robé esa vaca.

JUAN IGNACIO.— ¿Que les deje qué? ¿Así gritando? ¿Qué quieren?, ¡permiso! Ningún permiso así, Cruz. No puedo dárselos.

CRUZ CHAVEZ.— Esa vaca se la comió el pueblo. No estaba Reyes Domínguez y tú nos diste el consentimiento por lo de la boda de su hija. Eres su compadre, ¿ya se te olvidó?

JUAN IGNACIO.— Están ustedes en situación muy difícil...

CRUZ CHÁVEZ.— ¿Nosotros? No, Ignacio. Estás tú. Porque tú estás mintiendo. Y están todos los demás porque ustedes son los que han faltado a Dios y a sus mandatos. Míranos: nosotros tranquilos, sin faltarle a nadie, ¿o no?

JUAN IGNACIO.— Eso no me corresponde decidirlo a mí.

CRUZ CHÁVEZ.— ¿Ah, no? ¿Entonces a quién? ¿No estás tú en la seccional?

JUAN IGNACIO.— Mira, Cruz: el río anda revuelto. Todos se quejan de ustedes, de alzados, de sacrílegos, de vagos...

CRUZ CHÁVEZ.— Nosotros contra nadie nos hemos alzado. Ni contra la autoridad, ni siquiera contra el padrecito. Nomás les hemos contestado cuando así hemos creído pertinente por defender nuestras conveniencias.

JUAN IGNACIO.— ¿No te das cuenta? Eso es rebelarse.

CRUZ CHÁVEZ.— No, Ignacio. No queremos rebelarnos; ya nos hubiera llevado el diablo a todos. La rebelión no es buena... pero tampoco es buena la indigencia y la mala voluntad. Nosotros nomás defendemos una cosa que es dictado de Dios: la dignidad. Todos somos

iguales. ¿O no, Nachito? ¿Qué no es malo que nos tengan muertos de hambre y que les trabajemos a los pudientes toda la jornada? Eso es peor que cualquier rebelión. ¿Y qué no podemos rezarle a la santa? Que yo sepa sí se puede y de aquí no nos movemos hasta que se haga bien la autorización o...

JUAN IGNACIO.— ¡No te pongas así, Cruz!

CRUZ CHÁVEZ.— No queda otra, Ignacio. Ya nos dimos cuenta de que nomás es cuestión de apretar para que nos dejen.

JUAN IGNACIO.— Mira, Cruz, no le busques... no me quieras joder a mí. Yo tengo que pedir permiso a Guerrero. Hay otras autoridades más arriba que yo... Y aunque no quieras, yo aquí soy la autoridad... Si les doy permiso, ¿te imaginas? Cómo voy a dejarlos que recen a la Santa de Cabora en la calle, ¿te imaginas al padre Castelo? ¿Te imaginas a don Reyes? No, Cruz, yo no puedo faltarles a ellos.

CRUZ CHÁVEZ.— Los problemas son de ustedes.

JUAN IGNACIO.— Ustedes son el problema, han de ser tercos como mulas. Hasta se andan robando el dinero del gobierno.

CRUZ CHÁVEZ.— Te lo digo, Juan Ignacio, para que no se repita: esas son calumnias contra nosotros, puras calumnias contra Tomóchic.

JUAN IGNACIO.— Yo no te puedo autorizar nada. Si hacen esa ceremonia a la santa, tú eres el responsable.

CRUZ CHÁVEZ.— Lo mismo te digo: Dios nos oye. Vamos a hacer esa ceremonia porque a nadie molestamos. Y si por eso dicen que estamos faltando, allá ustedes.

JUAN IGNACIO.— Cruz...

CRUZ CHÁVEZ.— ¿Qué quieres?

JUAN IGNACIO.— ¿Es que no entiendes?

CRUZ CHÁVEZ.— ¿Qué?

JUAN IGNACIO.— El problema además de ustedes y la hambruna y la mala suerte es otro. ¿Qué no se fijan? Es ése, el más grande: la Santa de Cabora.

ESCENA X
La resurrección

(*Una mujer atraviesa corriendo el escenario, mientras grita eufórica*):

MUJER.— ¡Resucitó la santa! ¡Milagro! ¡Resucitó la niña! ¡Milagro, milagro, resucitó la santa!

(*Se ilumina la figura de Santa Teresita de Cabora. Hacia ella avanzan hombres y mujeres que, lisiados y enfermos, cantan*).

TODOS.— Queremos decirte,
niña del salvador
nos salves del hambre
del robo y del dolor.

Cantemos todos juntos
con mucha devoción:
la Santa de Cabora
la niña del amor.

Sálvanos Teresita,
sálvanos tu candor;
abajo el mal gobierno,
muera el usurpador.
Abajo el mal gobierno,
muera el usurpador.

TERESA URREA.— Hermanos, hermanitos: almas desamparadas en el bosque y en el desierto. Almas perdidas por el mal sacerdote y la avaricia del malo. Señor Dios:

antes del tiempo prometido para todos, vivimos las faltas del hambre y la sed; vivimos las faltas de la ofensa y el látigo. Te pedimos que el pan que nos es negado sea nuestro, que el gran poder de Dios se alce contra los enemigos de la fe verdadera ¡nadie más que la justicia de Dios! Hay que ser dignos frente a la mala fe del gobierno y sus caciques. Esta es la verdad del Señor: crezca su amor como espigas entre los pobres y sean aborrecidos y secos los corazones de los ricos. Esto es lo único cierto: amaos los unos a los otros, pero no améis a quienes nos humillan y sólo nos procuran el odio y la opresión. Contra ellos la fe, siempre y para siempre la fe. (*Teresa recibe a un invidente. La Santa toma un polvo rojizo al que escupe. Lo frota sobre los ojos muertos del ciego. Éste empieza a ver. Los cantos aumentan. Las plegarias, el llanto*).

ESCENA XI
La denuncia

(*En áreas independientes aparecen Joaquín Chávez, el gobernador y Porfirio Díaz. Se dirigen a un interlocutor imaginario. Hablan frente al público*).

JOAQUÍN CHÁVEZ.— Don Lauro, todo esfuerzo fue inútil. Se hizo lo posible por convencerlos y calmarlos. Por eso la noticia es urgente, pero no sorpresiva. Por mensaje directo de Juan Ignacio Chávez, presidente seccional de Tomóchic, y quien también manifiesta haber intentado todo para convencerlos de acciones contrarias a riesgo de poner su vida en peligro ante la bola de insurrectos, se hace la notificación oficial del levantamiento de un grupo de sediciosos en el pueblo de Tomóchic. Señor gobernador: Tomóchic se ha levantado en armas.

LAURO CARRILLO.— Don Porfirio, tras vanos intentos de quienes representamos su gobierno en Chihuahua, notificamos el fracaso de los mismos y solicitamos

órdenes urgentes para sofocar el nacimiento de una rebelión inútil cuyos propósitos son evidentes en el pueblo de Tomóchic. Las causas, supongo, son conocidas por su autoridad y contemplan rebeldía y poca cooperación con las disposiciones del gobierno y poca tolerancia a las órdenes de los ministerios de ley y de culto. Las prédicas de la llamada Santa de Cabora se han extendido a la región y son, sin duda, causa de la torpe y endeble insurrección. Sean suyas las inmediatas disposiciones.

PORFIRIO DÍAZ.— Enterados estamos de que Teresa Urrea, hija bastarda de don Tomás Urrea, hacendado y vecino del Rancho de Cabora en Sonora, realiza rebelión contra el régimen. Dice curar males la mocosa además de criticar al gobierno. Ya hay alboroto entre pimas y yaquis. No toleraremos ni una rebelión por chica que sea. Sofóquela de inmediato. La Santita de Cabora será llevada fuera del país. A sus dieciocho años es bastante malcriada y hocicona... Contra Tomóchic las fuerzas federales.

ANTONIA LA MEDRANO.— Y dijo don Porfirio. Pero decía que por acá no había nada. ¿Pos cómo, si desde allá no nos alcanzaban a ver? En Tomóchic nomás vacíos los bodegones. Vacíos nomás los canales y los arroyos; porque acá, entre el silencio de los despeñaderos nos oíamos rebien: ¡oigan los Medrano, aquí están los Chávez! ¡Oigan los Ledezma, aquí están los Mendías! ¡Oigan los Gallegos, aquí están los Acosta! ¡Y oiga señor presidente, aquí tiene a todos los de Tomóchic!

ESCENA XII
La bendición de los rifles

(En un altar improvisado Cruz Chávez preside una ceremonia, donde se encuentra un gran número de hombres y algunas mujeres, fuertemente armados).

CRUZ CHÁVEZ.— Por el gran poder de Dios pasen al

nombrarlos. Se está clavando una crucecita para que Dios nos acompañe y nos apunte el rifle... Por la omnipotencia santa de nuestro Señor Dios y la divina alianza entre él y Santa Teresita de Cabora. Sabido es por ustedes, santos aliados, que no hemos cometido falta contra nadie. Bendigan padre e hija las armas del combate.

MANUEL CHÁVEZ.— ¡Felipe Acosta! (*Pasan de uno en uno, y presentando su arma, los nombrados. Manuel Chávez clava en la culata de los rifles una cruz*).

CRUZ CHÁVEZ.— (*Bendiciendo el arma*). Por el gran poder de Dios.

MANUEL CHÁVEZ.— Mauricio Mendoza.

CRUZ CHÁVEZ.— Por el gran poder de Dios.

MANUEL CHÁVEZ.— Jorge Medrano.

CRUZ CHÁVEZ.— Por el gran poder de Dios.

ANTONIA LA MEDRANO.— Nos mandaron como cincuenta pelones. Algunos eran vecinos, otros tarahumares o pimas. Nosotros no éramos muchos que digamos, pero al principio ¡qué palizas! Pos claro, teníamos a alguien más que valía por cien: Dios, pero no el Dios de la paciencia y la resignación, nuestro Dios era un Dios de fuerza y de victoria, un Dios guerrero, el Dios de la Santa de Cabora.

(*Los tomoches avanzan hacia el frente. Forman una hilera en cuyo centro está Cruz Chávez*).

CRUZ CHÁVEZ.— ¡Viva el gran poder de Dios!

TODOS.— ¡Viva la Santa de Cabora!

ANTONIA LA MEDRANO.— De aquí pa'l real la historia ya es la misma: dos encuentros, muertos, balas. Lo importante: nuestra puntería y el encono porque el

revés de los ríos y la mala fortuna ya estaban más que claros. Lo nuestro ya nomás era entrarle y entrarle con ganas. Ahora seguía resistir y esperar. A ver quiénes se cansaban primero, y vaya que les fue mal a los pelones. Bien mal. Tan mal que se tardaron más de un año en cazarnos. Pos ¿qué esperaban?

ESCENA XIII
La huida

(El primer encuentro ha concluido. Hablan Joaquín Chávez, Reyes Domínguez y el general Almanza).

JOAQUÍN CHÁVEZ.— ¿Y cómo le hicieron con sus rifles, general? Se caen solos.

GENERAL.— Ésa es una razón por la que nos hicieron retroceder. Pero sólo en un principio. Nos llegó auxilio del subteniente Herrera y ya repuestos...

JOAQUÍN CHÁVEZ.— Los dispersaron hasta el panteón y los hicieron huir. Eso ya es conocido, general. Lo que queremos saber es a dónde se fueron los insurrectos, qué van a hacer con ellos.

GENERAL.— No sabemos bien hacia dónde se dirigen.

REYES DOMÍNGUEZ.— Van a Cabora, de seguro van a Cabora.

GENERAL.— Pero las órdenes son claras: seguirlos y menoscabarlos y en el menor tiempo posible, vienen elecciones.

JOAQUÍN CHÁVEZ.— Esa gente no debe verse con Teresa Urrea. Juntos, ella y Cruz, son muy peligrosos. Los sigue la indiada.

REYES DOMÍNGUEZ.— Si me permiten, ¿pero qué hay que decir de la muerte de Pedro Camacho y el viejo? Eso

está mal a mi parecer. Esas muertes no eran necesarias.

GENERAL.— La muerte del niño y del viejo fueron meros accidentes. Se encontraban en la casa de un tal Dolores Rodríguez.

REYES DOMÍNGUEZ.— Allí había puras mujeres, niños y viejos.

JOAQUÍN CHÁVEZ.— Aclaremos, Reyes. Esto es la guerra y el que se murió se murió y todas las muertes son culpa del enemigo. Si no matas te matan. ¿O quieres que les preguntemos cuántos años tienen antes de matarlos?

GENERAL.— En el encuentro un jovencito como de catorce años nos mató a quince compañeros de la tropa. No lo podíamos romper.

JOAQUÍN CHÁVEZ.— ¿Te basta, Reyes?

REYES DOMÍNGUEZ.— Uno no tiene la costumbre de la guerra. Ustedes son los que mandan. Lo bueno es que los insurrectos ya se fueron. General, pase a esa tropa de valientes para darles agua y alimentos, se lo merecen. Y por cierto, me encargaré de que se repartan para todos buñuelos y piloncillo. Estamos en vísperas de la Navidad. Son tiempos de paz, y por ustedes, general, don Joaquín, hay paz en Tomóchic. Pasen por aquí, señores.

ANTONIA LA MEDRANO.— Cuánta esperanza para el desconsuelo, cuánta luz para la oscuridad. Cuán pródiga hubiera sido Teresita de haberse encontrado con Cruz. Cuánta necesidad del uno por el otro. Teresita era la palabra y la fe, la protección, el regazo contra el miedo y la duda, pero no tenía la fuerza del cuerpo y la audacia de la carne. Cruz era el vigor, la montaña y el río. Pero eran tiempos de dudas y de mala fe. Cuánto se necesitaban. Cuánto.

ESCENA XIV
El encuentro

(*De extremos opuestos Teresita y Cruz avanzan el uno hacia el otro. Al estar de frente, Cruz, impresionado, cae conmovido. De rodillas ante ella la toma de las piernas, es un encuentro sensual y místico*).

ANTONIA LA MEDRANO.— ¿Por qué repara la mula? ¿Por qué anda el gato a la zaga, agachado, con espuma en el hocico? ¿Por qué de pronto se alzan los buitres y los halcones? ¿Nomás por que sí? No. O porque tienen hambre o sienten la hembra cerquita o porque ahí está el que se los quiere comer. Ahí está el otro atosigándolos; moliendo, pues.

El ejército siguió a los tomoches con el sol y la luna encima. Nunca los alcanzaron. Y buenas zurras les dieron los nuestros. Buenas pelas se llevaron los federales. En enero de 1892, luego de no estar en muchos meses, los tomoches regresaron al pueblo, pero regresaron con el desfiladero de la montaña en el corazón, regresaron con el coraje bien brioso como sus monturas. Bien afilado como los gruñidos del gato. Todo lo que antes fue presagio ahora era cierto: los tomoches ya eran perseguidos, eran gente que el gobierno no quería. Pero también ahora los tomoches ya eran otros: bien decididos, si de repente todo se había volteado patas pa'rriba y contra nosotros, ahora haríamos lo que siempre quisimos: ahora haríamos nuestra voluntad. Y si teníamos miedo, ahí estaban el santo poder de Dios y de Santa Teresita de Cabora. Y si teníamos hambre, ahí estábamos todos para las fatigas. Velando todos por todos. ¿Y el gobierno? ¡Al gobierno que se lo lleve el diablo!

ESCENA XV
El retorno

(*Los tomoches realizan un oficio. Conforme se ejecuta la plegaria, atraviesan la escena los*

santos mencionados. Hay fervor, júbilo, fe).

MUJER.— Santa Barbarita dice que en sueños le hablan los ángeles, que es su padre San José, hombre predestinado por Santa Teresita de Cabora para iluminar nuestra oración. Y dice San José que en Chopeque está Cristo, vencedor de los ejércitos, dador del pan y de la gloria eterna para aquéllos que nos alimentamos de su cuerpo y su sangre. ¡Oh, Santa Barbarita! ¡Oh, Señor San José! ¡Oh, Cristo del Chopeque y Santísima María! Alma de los desvelos, cura de lo imposible, salvedad de los impuros, cuerpos sagrados en la noche maldita. ¡Oh, tierra de santos, fulgor de bendiciones, luz de la santidad y del Ave María, el santo cielo y sus santos ángeles reciban a los soldados de Dios!

(*Entran Cruz y Manuel seguidos de varios hombres. Vienen empolvados, sucios. Cruz mira fijamente a los reunidos*).

CRUZ CHÁVEZ.— Si el hombre nos ha olvidado, si nos arrincona como coyotes, acojámonos a la santa sombra del cielo y por su gran poder que todo, todo, sea hecho (*Cruz avanza hacia la gente. Abraza a una mujer, luego a otra. Los demás se abrazan también. La posibilidad de la muerte está en el aire*).

ESCENA XVI
El reencuentro

REYES DOMÍNGUEZ.— Ya volvieron... Me enteré de que el ejército los atacó varias veces. ¿Cómo salieron? Ya soltaron a unos... Han de estar cansados... ¿Andas buscando a tu hermana?

CRUZ CHÁVEZ.— Vengo a hablar contigo.

REYES DOMÍNGUEZ.— Antes no me buscabas, Cruz... Yo puedo hacer poco, casi nada... Pero te voy a decir algo: se me hace que al gobierno ya se le olvidó, o de

plano ya no se va a meter con nosotros... Aprovecha... lo malo es que ustedes ya empezaron otra vez. Están amuinados.

CRUZ CHÁVEZ.— No es de eso de lo que vengo a hablar.

REYES DOMÍNGUEZ.— ¿Ah, no? ¿Vienes hambreado?

CRUZ CHÁVEZ.— Todos.

REYES DOMÍNGUEZ.— Ya vamos a empezar. ¿Qué es lo que quieren ahora?

CRUZ CHÁVEZ.— Tú puedes ayudarnos, tienes recursos.

REYES DOMÍNGUEZ.— Todos estamos jodidos. Hasta yo. ¿Tú crees que el ejército vino a jugar? También les tuvimos que dar alimento, estuvieron varias jornadas. ¿Y los daños? ¿Crees que no hubo? Y todo por su culpa. Ya me veo dándoles de tragar a toda la bola de alzados. Lo único que les queda es ponerse a trabajar. O trabajan o de plano se largan.

CRUZ CHÁVEZ.— Vamos a trabajar como siempre. Pero por ahora necesitamos que nos ayudes.

REYES DOMÍNGUEZ.— ¿Por qué hablas siempre en nombre de todos, Cruz? ¿Pues qué te dieron o qué? ¿Qué no han tenido con todo lo que pasó? ¿Quieren que al pueblo se lo lleve el carajo?

CRUZ CHÁVEZ.— Si a Tomóchic se lo lleva el diablo, nos vamos con él.

(Silencio).

REYES DOMÍNGUEZ.— Pues yo no puedo ayudarlos. Yo no tengo por qué cargar con sus culpas. Seguimos en la misma.

CRUZ CHÁVEZ.— No, ya no es la misma. Ahora las cosas son de otra manera.

(*Entran tomoches armados. Rodean a Reyes Domínguez*).

CRUZ CHÁVEZ.— Ya le avisé a don Silviano, jefe político de Guerrero, que si no nos auxilian, vamos a tomar las cosas por nuestra cuenta.

REYES DOMÍNGUEZ.— Ahí tengo unos costales con harina. Anda alguno de maíz. Llévatelos. ¡Me carga la chingada!

ESCENA XVII
Los bandidos

(*Escoltados por hombres armados, entran Pedro Chaparro y Eufemio, ladrones conocidos*).

PEDRO CHAPARRO.— ¡Cruz Chávez! Te hablan Pedro Chaparro y Eufemio Escudero, queremos tu diligencia para instalar a nuestra gente en Tomóchic.

EUFEMIO ESCUDERO.— Lo mismo digo.

PEDRO CHAPARRO.— Dicen en todas partes que tu pueblo es un pueblo libre y que están sustraídos de la justicia. Que eso se ve. Se quejan de la falta de autoridad. Sabemos que nomás la tuya, por eso te pedimos providencia.

EUFEMIO ESCUDERO.— Lo mismo digo.

CRUZ CHÁVEZ.— Tomóchic no está sustraído de la justicia del gobierno porque el gobierno nunca ha tenido justicia. Nomás vivimos bajo la justicia de Dios y por eso estamos viviendo en paz. Y por ser Tomóchic un pueblo de gente trabajadora y honrada, no admitimos ladrón alguno. Pero si ustedes han robado a los que nos roban, algo hemos de tener afín en nuestra sangre. Tomóchic los acepta, si son ustedes desde que pisen su suelo, gente tranquila y de fe. Y deponen sus armas

sólo hasta cuando sea el caso. Además, es bueno decirles que hay pocas esperanzas para el pueblo y no es por decirlo yo, sino que ningún tomochiteco que conozca la bondad y los dictados de Dios y de Santa Teresita de Cabora obedecerá a quienes ahora nos hostigan y nos prodigan mala fe. Sépanse, Chaparro y Escudero, que al fuego responderemos con fuego.

PEDRO CHAPARRO.— Si esas condiciones son suficientes para entrar a tu pueblo, así sea, Cruz Chávez.

EUFEMIO ESCUDERO.— Lo mismo digo.

ANTONIA LA MEDRANO.— Tomóchic vivió por un rato otra vez. Con las gentes que llegaron de fuera, con los rezos a Santa Teresita que oficiaba Cruz, con las ayudas de todos. Y de veras que llegamos a pensar otra vez en los hijos de nuestros hijos y en sus hijos también. Pero la verdad es que desde sus escritorios y sus ventanales, claritos como la luz del día, los del gobierno pensaban en nosotros. ¿Pos qué les habrá dolido mucho nuestra puntería? ¿o nuestra fe? ¿o los puros arrestos de los hombres y las mujeres? ¿Qué les habrá dolido tanto?... Pobres ricos y pobre gobierno, cómo les duele y les enoja que no se haga su voluntad, que uno haga lo que quiere y no les pida permiso... pobrecitos... les da mucho miedo, y por eso nos mandaron matar, por miedo, miedo a unos pobres serranos que más que vestido y casa y comida tenían las cartucheras bien puestas y los pies bien plantados. Y teníamos además el corazón listo para entregarlo a la muerte. Nos mandaron más de mil soldados, nos fueron sitiando poco a poco. Pero casi todos sabíamos y desde antes, desde mucho antes, que de Tomóchic no salíamos, ¿pos cómo? ¿A poco les íbamos a dar el gusto?

ESCENA XVIII
El triunfo

(*Algunos muertos, a los pies de Cruz unos hombres atienden a un agonizante. Llega Chabolé, un indio tarahumara amigo de Cruz. Lo envían las tropas federales*).

CHABOLÉ.— Hermano Cruz, a una cosa me mandan y a dos cosas vengo: tómate un trago de sotol, lo guardo para el invierno, para darle a mis amigos y a mis hermanos. Ya no es bueno pensar en antes, Cruz. Ya no es bueno. A los chaboches nadie les gana. No traen la fe. Traen el fuego contra nosotros. Ríndete, Cruz. Rinde a tu gente. Afuera los arroyos llevan sangre, ríndanse. Ya la vergüenza les ganó a los chaboches. Ya ganaron, Cruz. Ríndanse.

CRUZ CHÁVEZ.— Ya es tarde, Chabolé, ya es muy tarde. De Tomóchic nomás muertos nos sacan. Entregados a Dios, porque así tiene que ser, Chabolé. Porque sólo así hemos podido vivir y morir como hombres; ya casi nos mataron a todos, ¿para qué rendirnos? Llévate esa noticia y grítala en lo alto de la sierra para que todos oigan: no nos rendimos, porque dices bien, esta guerra la ganamos nosotros. Esta guerra la ganó Tomóchic (*Cruz y Chabolé se abrazan*).

ANTONIA LA MEDRANO.— El 29 de octubre de 1892 nos acabaron, pos ya era hora. Les dimos mucha batalla, remucha. Nos fueron rodeando hasta que nos encontraron en la iglesia y el cuartelito. A la iglesia le prendieron fuego. Allí estaban las mujeres, los viejos y los niños. Al cuartelito le cayeron como moscas y le agujerearon con las bayonetas sus paredes de adobe. Ya era hora. El 29 de octubre de 1892 nos acabaron.

ESCENA XIX
Los muertos

(*Hay penumbra. Aparecen los personajes de uno en uno. Sus rostros son difusos. Hablan al público. Toman un lugar sobre el suelo*).

HOMBRE.— Nos tuvieron como seis días y a tire y tire. ¡A darle a los jefes!, nos dijo Cruz... seis días. Ya no sé más... pero en ese tiempo no nos hicieron nada... nada.

MUJER.— Las mujeres estábamos en el templo. Yo, Magdalena Ortega, señorita y creyente de Santa Teresita de Cabora, me tiré por la ventana alta del templo cuando le prendieron fuego.

HOMBRE MAYOR.— Yo estaba allí, detrás del altar. Le prendieron fuego a la puerta y luego a las vigas. Repartimos rodajas de papa, dizque para la sed. Entró mucho humo y todo se hizo negro. De eso me acuerdo.

MUJER.— Entró mucho humo. Salimos corriendo. Cuando corríamos afuera de la iglesia nos dispararon. Yo nomás sentí un golpe caliente, bien caliente.

HOMBRE.— Yo me les dejé ir de frente. Les tenía coraje. Ayer habían hecho una fiesta en mero enfrente de nosotros. Puro miedo...

HOMBRE.— Algunos llegamos al cuartelito. Allí estaban ellos, macizos todavía. Yo nomás llegué a la puerta. Allí duré un rato, tirado, viendo como caían mis gentes por todos lados. No me acuerdo si lloré por eso, o porque tenía un boquete abajo, en la rodilla.

MANUEL CHÁVEZ.— Tuve miedo. Teníamos miedo adentro del cuartelito. Allí estaban los más duros, pero teníamos miedo. De repente nomás nos quedábamos callados y ni las balas se oían. Nomás las respiraciones bien fuertes. Luego los pelones agujerearon las paredes. Y nomás metían la punta del rifle y

disparaban. Vi caer a Rodríguez, a Mendías, a otros, y luego ya no vi nada.

CRUZ CHÁVEZ.— Al final, cuando ya estaba todo perdido, me puse a pensar mucho, me acordé de Tomóchic cuando yo era un niño. Me acordé de sus ríos y de sus tiempos de lluvia. Me acordé de Reyes y de mi tío Joaquín y me dio gusto. Les ganamos. En eso estaba cuando llegaron los soldados del general Rangel. A mí ya me habían herido en una pierna. Nos agarraron como a siete, nos miraban raro. Los pobres tenían más miedo que nosotros.

HOMBRE.— Luego que nos sacaron, vi como a Cruz le dieron un tiro en la cabeza. Cuando llegaron conmigo me dieron ganas de gritar y de pegarles. Pero no me pude mover. Ni me salió nada por la boca.

ANTONIA LA MEDRANO.— Cuando mataron a los siete que quedaban vivos, yo ya los miraba desde arriba. A mí me tocó en la iglesia, pero me llevé a dos pelones de pasada. Tenían la cara bien seca, los pobres. Después de que nos mataron, casi nadie quiso irse para Guerrero. Y de esos que quedaron, nació el otro Tomóchic, el de ahora. Aunque dicen que cada cien años las cosas vuelven a pasar. Quién sabe si ande por ahí el padre Castelo, o don Reyes o Juan Ignacio. Quién sabe si anden el hambre canija y la mala fe, porque si por ahí andan, al rato les salen Cruz y Manuel y los Medrano, y los Mendías y los Acosta. Al rato les salen y quién sabe si sea igual que aquel 29 de octubre de 1892. El día en que se acabó el mundo para Tomóchic.

TELÓN

Esta obra se terminó de imprimir en el mes de octubre de 1994
en los talleres del Centro Editorial Universitario,
Av. Universidad y H. Colegio Militar,
Zona Chamizal,
Ciudad Juárez, Chih.,
México.

Tiraje: 500 ejemplares.

Corrección: Agustín García y Beatriz Rodas.